

Carlos Pujol

Los secretos de San Gervasio

[Sherlock Holmes en Barcelona]



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Herederos de Carlos Pujol, 1994

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2019

Coordinación de la edición: TERESA VALLÈS

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-56-8

Dep. Legal: P-9/2019

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Occulta cordis eius manifesta fiunt.
Los secretos de su corazón quedarán de manifiesto.

I Cor. 14,25

A Martita, recién llegada

Baker Street está muy lejos del río, pero a veces, en las noches de verano, a altas horas de la madrugada se oyen sirenas de barcos, que Dios sabe lo que están haciendo en los docks, alguna reparación urgente, o descargando mercancías que no pueden esperar las primeras luces del alba. Fruta, pensé, que con estos calores debe de estar pudriéndose en las bodegas. Era un sonido gemebundo, como si alguien pidiese socorro en medio de la oscuridad.

Empapado de sudor y sin poder conciliar el sueño, me asomé a la ventana, pero la calle desierta y abandonada a las sombras aún me inquietó más; la atmósfera era pesadísima, y la remota queja que venía del Támesis parecía un lamento desgarrador de la ciudad insomne. Londres no aguantaba aquellas temperaturas, el corazón del Imperio solía ser más bien frío, este era uno de los secretos de su fortaleza.

Miré el termómetro de la pared y vi que habíamos sobrepasado los noventa, ¿cómo era posible seguir viviendo en aquellas condiciones? Para una colonia era tolerable, pero no para nosotros. Claro que mi estancia en la India me había acostumbrado a soportar mejor el calor que el frío, y que en Afganistán el sol rompía las piedras y acor-

chaba el cerebro, con una luz blanca deslumbrante hasta la ceguera.

Recuerdo un agosto infernal, sobre todo aquel día funesto de Maiwand en el que tuvimos más de un tercio de bajas mortales, yo estaba allí; solo gracias a mi ordenanza Peter Murray no me desangré por la herida del hombro, como muchos otros del regimiento de Berkshire, pobres diablos que no tuvieron tanta suerte... Hacía muchísimo más calor que ahora, pero aquello era la guerra y un país bárbaro del que podía esperarse casi todo.

Londres tenía que ser otra cosa, era una cuestión de principios, por eso nos alarmábamos. Seguro que pocas horas después iba a estar en mi consultorio Mrs. Tyler-Potts, de Wimpole Street, para quejarse de que se ahogaba, de que algo así no le había pasado nunca (es decir, desde la semana anterior), y de que jamás se había sufrido un bochorno como aquel, insinuando que su vejez y sus dificultades bronquiales eran indicio del fin del mundo.

¡Y todo por media corona! Como nos decía en la Facultad mi maestro el doctor Bell, lo peor no son las enfermedades sino los enfermos. A los pacientes no hay que hacerles mucho caso, y tal vez a los médicos tampoco. Yo me hubiese diagnosticado a mí mismo un sinfín de males, porque síntomas no faltaban, todos ellos fruto de la incomodidad y la imaginación, pero me contenía el pundonor profesional.

En cambio Holmes era insensible a las aprensiones y decía que se negaba a imaginar nada, que cualquier perso-

na en su sano juicio tenía que hacer caso omiso de este verbo. Ni imaginaba —según él, solo la realidad comprobable era digna de interés— ni, a juzgar por las apariencias, le desvelaba el calor; solamente dormía, que era lo único sensato a aquellas horas de la noche.

Pero yo no podía permitirme el lujo de la sensatez perpetua, por mucho espíritu científico que creyese tener, había que admitir que no era así; cuando la idea más rudimentaria que nos cruza por la cabeza ya hace sudar, el doctor Watson dimite, y no me importan las consecuencias que puedan sacarse de eso, pero dimite de su condición de ser pensante, al menos provisionalmente.

Holmes no, claro, por eso debía de ser Holmes.

A veces me parecía una máquina de deducir demasiado perfecta. ¡Usted no es humano!, le reprochaba, a lo cual él solía replicar: ¿De qué sirve ser humano para mis investigaciones? Estaba convencido de que la humanidad no iba a aumentar la lucidez de su mente, y que por lo tanto era un capricho inútil, más aún, un estorbo. Para acertar en sus deducciones no había que tener sentimientos, y estaba visto que ni siquiera calor.

Mi trabajo no es un pasatiempo, le había oído decir orgullosamente. No, era su misma vida, lo que hacía las veces de vida, un sucedáneo que cuando le fallaba producía en él un vacío angustioso que se apresuraba a llenar con la jeringuilla y el violín. Nunca había conocido a nadie tan secreto. Si alguna vez Holmes abría su corazón, porque es de suponer que también lo tenía, iba a dejar de ser quien era.

En aquel momento un cab irrumpió en la calle y fue a detenerse justo delante de nuestra casa. Descendieron dos mujeres, yo hubiese dicho que jóvenes por la viveza de sus movimientos, y llamaron a la puerta; no una vez, sino varias, impacientemente, y cuando me vieron asomado me hicieron señas de que abriese en seguida. Entonces caí en la cuenta de que iba en camión, y creí morir de vergüenza al pensar que me habían visto así.

Holmes salió de su cuarto poniéndose la bata; se incrustó la apagada pipa entre los dientes, que era el primer gesto instintivo que hacía al levantarse, y me indicó con un ademán que adecentara mi apariencia, dando a entender que el decoro nunca está de más. Luego desde el rellano gritó a Mrs. Hudson que no había inconveniente en que hiciera subir a nuestro saloncito a las inesperadas visitantes.

Se oyeron carreras y gritos nerviosos, Mrs. Hudson daba órdenes a Gritty, la criada; su dignidad le impedía abrir la puerta de la calle, pero la obligaba a guiar personalmente a las visitas hasta nosotros. Mientras yo iba en busca de mi bata, observé que mi amigo parecía fresco y despabilado; sus ojos brillaban de excitación, un caso como aquel servido por sorpresa a domicilio tenía que ser un enigma intrincado y apasionante, a la medida de su genio.

Mrs. Hudson, con una redecilla en el pelo y andando en chancletas, intentaba fingir que ni siquiera si la despertaban a horas tan intempestivas dejaba de ser una señora; se hizo a un lado murmurando no sé qué del breakfast —tras

ella vimos la cabeza de Gritty con aire de haber visto fantasmas— y las dos jóvenes aparecieron ante nuestros ojos.

Diríase que estaban ansiosas por decirnos algo, pero la comunicación no fue fácil; no hablaban ni una palabra de inglés, y como Holmes sostenía que aprender lenguas extranjeras alteraba el delicado mecanismo de su cerebro, tuve que hacer de intérprete, ya que hablaban francés y yo tenía nociones, aunque más bien vagas y escolares, de este idioma.

Había visto a más de una doncella atribulada recurrir a Holmes, pero aquellas eran distintas. Aunque todavía cegado por el primer fulgor del gas, les calculé unos veintitantos años, creo (mejor dicho, estoy seguro) que guapas sin ser bellezas espectaculares, y desde luego vestidas con elegancia y mostrando una desenvoltura que, si se me permite una opinión personal, no excluía el recato.

Una era morena y tenía la mirada vehemente y un lunar en forma de corazón debajo del ojo izquierdo, como una lágrima oscura e inmóvil (tal vez su nariz fuese demasiado larga); su compañera era rubia, de ojos asimétricos pero graciosos, y sus rasgos parecían disolverse en el aire, con una vaguedad de expresión que podía significar cualquier cosa, romanticismo, anemia o una noche sin dormir.

Eran españolas, sus nombres Angélica y Eulalia Vilumara, de Barcelona, hijas de don Pelegrín Vilumara, un fabricante textil de fama europea (me incliné sonriendo como si le hubiera oído citar muchas veces, comprensivo y respetuoso con el orgullo filial). Se excusaban por haber

interrumpido nuestro sueño a una hora tan indebida, pero la congoja y la necesidad —usaron estas mismas palabras— no les habían permitido esperar a que amaneciese.

Y allí estaban, hechas unos figurines de moda, con sombreritos llenos de flores y pájaros que producían muy buen efecto, sobre todo cuando uno se acostumbraba a su visión, suplicando la ayuda del rey de los detectives. Holmes dio por archisabido el elogio, agitando la mano como si espantase una mosca, y apretó los dientes concentrándose más en los rostros de las dos que en lo que yo le traducía.

—¿De qué se trata, mis queridas señoritas? —dije señoritas en español como una deferencia que me pareció obligada en aquel caso.

La morena, es decir, Miss Angélica, empezó a hablar incontinentemente, atropellándose, y me vi en apuros para entenderla (hubiese jurado que su francés tampoco era muy bueno) y para traducir todo aquello a mi amigo, imperturbable, aunque la leve curva de una de sus cejas indicaba que su inteligencia poderosísima ya estaba funcionando, sin que se lo impidiese el hecho, en último término banal, de no comprender nada de lo que ella decía.

En resumen, contaba la desaparición de su señor padre, don Pelegrín, acaudalado industrial de la Catalogne, insistieron (yo no sabía dónde situar eso en el mapa de la península, que recordaba de mi época de colegial como escenario de las gloriosas campañas del duque de Wellington); don Pelegrín parecía haberse evaporado, sin duda

por las malas artes del tío de ellas. Don Cayetano Vilumara, que quería apoderarse de sus bienes.

—¡Cuantiosos bienes! —proclamó casi en un melodioso grito la llamada Angélica, con una magnífica voz de soprano.

—Mucho dinero —aseguró su hermana de un modo casi inaudible, como si interviniera en la conversación cumpliendo un penoso deber familiar.

—Ha reunido una gran fortuna, fabrica novedades, tejidos de lana y mezcla, estampados de algodón...

Se interrumpió para mirar enérgicamente a Miss Eulalia, como si estuviera animándola a corroborar lo que decía, y su hermana, imaginando que venciendo su natural timidez, continuó la enumeración, que, por Júpiter, tenía todo el aire de un catálogo que detallara los acreditados productos que podía ofrecer, como suele decirse, a su distinguida clientela.

—Indianas, pañolería, chales —oímos decir a la señorita rubia, y calló agotada por el esfuerzo que acababa de hacer.

—Tapabocas, alfombras, cretonas, veludillos...

—Sederías —suspiró su hermana.

—Tisús, refajos... —encadenó Miss Angélica, y de pronto su voz se perdió en puntos suspensivos, como si acabara de cometer una imperdonable indiscreción al mencionar prendas íntimas.

Don Pelegrín, además de su fábrica y del correspondiente almacén donde vendía todo aquello al público (nos

tendieron una tarjeta con la dirección, calle de Trafalgar número 32), había abierto una tienda de confección de modas, especializada en pasamanería, cintas y blondines (calle de Fernando VII 19). En cuanto a la fábrica, que últimamente había sido objeto de considerables ampliaciones...

Yo trataba de poner diques a las oleadas verbales de las dos hermanas, pero una vez empezaban a contar una cosa querían, necesitaban contarlo todo, como si se hubiesen aprendido una difícil lección y ahora no renunciaran a lucirse con su memoria (en realidad era Miss Angélica la que llevaba la voz cantante, y de vez en cuando miraba apremiantemente a su hermana para recordarle que también ella tenía que recitar parte del papel).

No nos perdonaron el número de telares (me parece que mil cuatrocientos), las máquinas de vapor, que eran catorce, miles de husos, indicios del poderío industrial y mercantil —expediciones a provincias y ultramar, añadieron por si fuera poco, quizá previendo la posibilidad de que Holmes y yo pudiéramos llegar a necesitar blondines o veludillos— de su señor padre, ahora en paradero desconocido por culpa del perverso tío de las dos jóvenes.

Holmes entornaba los ojos taladrando con su aguda mirada a las extranjeras, y confieso que yo, sin dejar de traducir, no podía apartar la vista de sus sombreros. Parecían macetas con flores, frutos y golondrinas disecadas en sus nidos. Miss Angélica lucía sobre el corazón una oruga de esmeraldas, Miss Eulalia un broche en forma de abejorro, y a las dos les caía un flequillo rizado sobre la frente.

Distraído con estas observaciones, estuve a punto de perder el hilo de lo que contaban, pero en seguida eché de ver que solo habían amontonado más pormenores del negocio de su padre, y que en esencia ya nos lo habían dicho todo. Un buen día don Pelegrín salió de una quinta de recreo que tenía cerca de Barcelona y no se había vuelto a saber de él. ¡Solo Mister Holmes podía encontrarlo!, dijeron una tras otra con admirable convicción.

Mi amigo les disparó cinco preguntas concretas a las que respondieron sin vacilar: la hora y el día (las cinco de la tarde del primero de junio, dos meses atrás), las relaciones de su padre con don Cayetano (pésimas, dijeron a coro con una mueca unánime), a quién correspondía la herencia del señor Vilumara (a ellas dos) y si habían avisado a la policía (desde luego, pero infructuosamente).

—Señoritas —dije tratando de hacer una pausa, al ver que volvían a enzarzarse en largas explicaciones que no iban a añadir nada a lo esencial del asunto.

—¡Espere, espere! —me cortó la morena—. Attendez!

No se resignaban a guardar silencio, aún no se había hablado de los honorarios de Monsieur Holmes (pronunciaban Olms), pero el aludido, entre expeditivo y galante, dijo que aquello no era ningún problema. Ya sabía todo lo que quería saber, al menos por ahora, y su sonrisa indicaba, sobre todo a mí, que le conocía tan bien, que incluso se había formado una idea bastante clara de cómo actuar.

—Monsieur Holmes asegura que el dinero n'a pas d'importance —les transmití principescamente, nasalizan-

do todo lo que pude, como me habían enseñado que había que hacer.

—También me gustaría que nos dijeran quién les ha hablado de mí en España. Pregúnteselo, Watson.

Un tal Herbert Whitbread, un caballero inglés que vivía en Barcelona y que naturalmente conocía la fama del mejor detective del mundo, fue la respuesta. Y por fin se hizo el silencio. Yo decidí que me había precipitado; pensándolo bien, la nariz de Miss Angélica no era demasiado larga; Miss Eulalia movió bruscamente la cabeza, sacudiendo lo que parecía un casco de oro viejo.

Eran encantadoras, ¿qué más puedo decir? Nos levantamos concertando una cita en la calle de Trafalgar para una semana después, y que no se preocupasen, añadí, que no tuviesen miedo, estaban en buenas manos, recuperarían a su padre sano y salvo. Hicieron unos mohínes de cortesía entre frases de eterna gratitud, y cuando ya nos dirigíamos a la puerta del saloncito, oí a mis espaldas la voz de Holmes.

—Por favor, pregúnteles si estos sombreros que llevan los han comprado en París.

Miss Angélica contestó risueñamente que sí, que los habían comprado en París el día anterior, y que de Francia se habían llevado también un recuerdo gastronómico inolvidable: por vez primera en su vida habían probado los huevos revueltos con trufas. Holmes se limitó a decir ¡Hum!, lo cual no era de buen augurio, y yo me sentí molesto, porque parecía que desconfiase de aquellas jóvenes que podían quedar huérfanas si no interveníamos en seguida.

Las acompañamos hasta la calle, donde el coche seguía esperándolas, al despedirnos Miss Angélica me miró de una forma extraña, y recuerdo que parpadeé como si me hubiesen deslumbrado con una luz súbita y violenta. Al volver al piso de arriba resultó que Mrs. Hudson había hecho preparar té para cuatro, y pareció desconsolada al comprobar que las señoritas ya se habían ido.

—Esa calamidad de Gritty se me ha dormido en la cocina, no puede una confiar en nadie.

—No se preocupe usted —la tranquilizó Holmes—, nosotros haremos los honores a su té a manera de desayuno, al fin y al cabo ya falta poco para que amanezca. Muchas gracias, Mrs. Hudson, y ahora déjenos solos porque tenemos que pensar.

Apenas retirarse Mrs. Hudson —titubeando entre las buenas noches y los buenos días—, Holmes se apresuró a quitarse la bata; su camisón estaba empapado, o sea que era más normal de lo que yo ingenuamente había supuesto, también sudaba, como el resto de los mortales. Me invitó a que le imitase, ya que, dijo, estábamos en la más estricta intimidad y el calor era insufrible.

Los abuelos de Mrs. Hudson nos miraban escandalizados desde unos daguerrotipos de la pared, algo tal vez primordial estaba en trance de perderse, cuando Su Majestad la Reina era joven, incluso encontrándose a solas un ciudadano británico no bajaba la guardia (pero en tiempos de lord Melbourne en Londres nunca hacía calor, al menos eso supongo). Dos individuos que tomaban el té

en camisón esperando que amaneciese eran un espectáculo indigno de unos gentlemen. Aunque las circunstancias eran excepcionales.

—Tout à fait exceptionnelles —pensé, satisfecho de haber recordado una fórmula que sonaba a buen francés.

El té ardiendo aún nos hizo sudar más, las costumbres inglesas no habían previsto un verano como aquel, pero la tradición es la tradición. Una limonada bien fresca nos sentaría a las mil maravillas, por no hablar de un helado, pero aquello solamente era un breakfast. Además, seguro que en aquellos momentos en todo Londres no había nada fresco.

Holmes podía ser frugal como un beduino, pero si se presentaba la ocasión también tenía buen diente, y dio cuenta de los huevos, los pastelillos de carne, los bollos y la tarta de manzana con lo que yo hubiese llamado voracidad. Luego, desabrochándose el camisón, cogió el tabaco que solía guardar en una pantufla desparejada y encendió la pipa. Con aquella indumentaria —por llamarla de algún modo— parecía un piel roja sorprendido en paños menores.

Claro que la mía era muy semejante, y lo único que podía hacer era disimularme discretamente tras el brazo de mi sillón. Si cerraba los ojos, veía un corpiño de color violeta pálido con encajes en el cuello, pero no recordaba a cuál de las dos hermanas correspondía aquella ropa. Acudieron a mi mente unos versos: Nadie sabe ni puede comprender / que lo mismo que flores son sus manos. Las manos sí eran reconocibles, las de Miss Angélica.

Holmes meditaba, muy lejos de allí, atando misteriosos cabos en su privilegiado cerebro, haciendo deducciones que nadie más era capaz de hacer. Con la vista parecía estar buscando a su alrededor un punto de apoyo mental que aún no había encontrado. Soltó una bocanada de humo y me aseguró:

—Un viaje nos sentará bien, Watson. Esta ciudad se ha convertido en una caldera hirviendo, y además muy aburrida.

—¿Cuándo nos vamos?

—Hoy mismo, naturalmente. Piense en el pobre don Pelegrín.

Había un deje irónico en sus palabras, y aquello me intrigó. ¿Cómo no podía tomarse en serio un asunto que sin duda era tan grave? ¿Es que sin salir del salón ya lo había resuelto todo? (Más de una vez había asistido a proezas semejantes). ¿O no había dado crédito a aquel relato?

—¿No cree usted que haya desaparecido de veras? —me atreví a preguntar cautelosamente.

—¡Oh, sí, supongo que sí! Quizás haya sido secuestrado, pero no hay que anticipar acontecimientos; en toda esta historia hay, ¿cómo le diría?, como una dislocación de detalles argumentales.

—Si no se explica usted con mayor claridad, con mis pobres luces... —empecé, frunciendo el ceño.

—Elemental, amigo mío. Estas dos jóvenes vienen a vernos angustiadas por la suerte que haya podido correr su padre, no tienen un minuto que perder y nos despiertan en

plena noche... Pero a su paso por París se entretienen comprando sombreritos, por cierto espantosos.

—Podría explicarse por el alma femenina, ya sabe, la irresistible tentación de la última moda.

—Amigo mío, permítame decirle que los tópicos son como las cataplasmas, sirven para todo y no resuelven nada. Y además van a un buen restaurante, huevos revueltos con trufas.

—Para reponer fuerzas, no iban a hacer todo el viaje en ayunas.

—No, desde luego, pero, a propósito del viaje, ¿ha reparado usted en que el último tren de Dover llegó a Londres hace ya muchas horas?

—No había caído en eso. Lo cual significa...

—Que esperaron tranquilamente en su hotel hasta el momento oportuno para hacer su teatral aparición en Baker Street.

—¡Cielos! ¿Supone usted...?

—Yo no supongo, hago constar.

—En consecuencia...

—Aún es pronto para sacar consecuencias; salvo una: me intriga más lo que nos esconden esas dos señoritas que el caso para el que requieren nuestra intervención.

—Sea como fuere, estoy seguro de que usted lo resolverá, aunque no sé cómo —dije con la esperanza de que el halago le hiciese comunicativo acerca de sus proyectos.

—Cuando estemos sobre el terreno le podré decir si mis hipótesis previas son acertadas o no, ahora sería prematuro.

—¿O sea que ya tiene hipótesis? —exclamé estupefacto.

—Sin hipótesis no hay quien trabaje, son como la levadura de la razón.

—Y eso que no entiende usted el francés.

—Mirando intensamente a los ojos de la persona que habla, y estudiando su rostro y el tono de la voz, se entiende cualquier idioma —dijo como si enunciara una verdad archisabida.

—Y a pesar de sus recelos se decide a emprender un viaje tan largo.

—¿Por qué no? Nos sentará muy bien. Hace demasiado calor para que aspiremos a llevar una vida normal, yo ahora no me ocupo de ningún caso, y usted puede olvidarse de sus pacientes, no creo que le echen en falta.

—Sí, son tan pocos... —reconocí, sin dejar de sentirme herido por la falta de delicadeza de su comentario—. Aunque está mi tesis...

—La *tabes dorsalis* puede esperar, Watson. Hable usted con su colega, el doctor Conan Doyle, ese escocés aficionado al espiritismo y a los deportes, y que le sustituya durante su ausencia.

—Es una idea.

¡Incluso muy buena idea! Al diablo con mis pacientes, ¿acaso no tenía derecho a tomarme unas vacaciones? El juramento hipocrático no se opone a una cosa así. Que el doctor Conan Doyle se ocupara de Mrs. Tyler-Potts. En cuanto a la *tabes dorsalis*, mi contribución al conocimiento de los efectos tardíos de la sífilis tampoco era inaplaza-

ble. Una breve estancia en España podía ser una buena oportunidad para...

—¿No le parece prometedor que la tienda de Mister Vilumara se encuentre en una calle a la que han dado el glorioso nombre de Trafalgar?

—Ciertamente, para ellos fue una derrota.

—Habrá que ver si también han erigido un monumento al almirante Nelson.

Holmes, perdiéndose en sus mudas reflexiones, sudaba a chorros, y estoy seguro de que no oyó un nuevo pitido, quejumbroso, estridente, que venía del Támesis. En Baker Street se insinuaba una tenue claridad, el cielo se estaba poniendo de color cereza, y no tardó en oírse el carrito del lechero; luego pasó un coche de punto, sin prisa, es decir, en busca de clientes.

The noise of life begins again.

Vuelve a empezar el ruido de la vida. Un organillo atacó una pegajosa y triste canción italiana, aunque más tarde hizo concesiones al repertorio inglés, *Queen of my heart*. Las criadas del barrio ya iban y venían, se saludaban estentóreamente, un pordiosero empezó a dejar oír su cantilena. Aquella mañana el hombre que tenía que apagar las farolas llevaba retraso.

En cambio nosotros nos habíamos adelantado al amanecer en varias horas, por lo cual no me extrañó que me venciese el sueño; por la ventana parecía penetrar un conato de frescor, o quizás eran imaginaciones mías, ¿existía el

frescor en Inglaterra? Me quedé adormilado con la inquietud de que había que darse prisa para hacer el equipaje. Entonces llamaron a la puerta y me di un gran susto.

Nos pusimos la bata y entró Mrs. Hudson con sus bandejas. Comentó que los extranjeros son muy raros, vaya horas de hacer visitas, y además se van sin esperar el té. El cumplimiento de las normas sociales era la tabla de salvación de nuestra patrona, sin ellas la vida quedaba desprovista de todo sentido; podía entender que alguien nos visitara en mitad de la noche, pero que se fuese sin tomar el té ya era demasiado.

Nunca hablaba del calor porque una señora no debía aludir a esas contrariedades, pero insistió en contarnos lo de su prima Christabel, que padecía insomnio y que todas las noches se levantaba hacia las dos de la madrugada; para matar el tiempo y esperar a que amaneciese no tenía más ocupación que comer, y es una honrada madre de familia, nos advirtió, como si aquello arrojara una sombra de sospecha sobre su honorabilidad.

La historia de su prima Christabel, aunque insulsa, tenía algo que ver con lo que nos había sucedido, pero la de Mister Akenside (Nathan William Akenside, precisó, como si conociéramos a muchos caballeros que llevaran este apellido) ya no guardaba la menor relación con nada, excepto con la necesidad de Mrs. Hudson de tener alguien que la escuchase.

Mientras se remontaba a los padres del susodicho Akenside, que eran pañeros en Salisbury, vi que Holmes se

acercaba repetidamente a la ventana, como si vigilase la calle; por fin descubrió a la persona que esperaba y le hizo una señal convenida que yo no podía dejar de reconocer: se alisó el cabello con la mano derecha. No tardaríamos en tener otra visita.

Efectivamente, en seguida empezó el invariable ritual de costumbre: Gritty colmando de improperios a Wiggins en el vestíbulo, Mrs. Hudson asomándose al hueco de la escalera para gritarle que sobre todo no tocase nada con sus puercas manos (legendariamente sucias, lo reconozco), Gritty llamando a la puerta del saloncito y diciendo: Aquí está, como si anunciase la presencia del cólera morbo.

Por fin, ante nosotros, la extraña visión de Wiggins, que se esforzaba por adoptar algo parecido a una postura marcial. Descalzo, desgredado, sucio, con ropas andrajosas que si no eran fruto de la rapiña, procedían de algún verdedero de los suburbios, con una inimaginable camiseta de color rojo como la que usan los saltimbanquis, allí estaba el mandadero habitual de Holmes.

Mientras esperaba la edad de poder enrolarse en el ejército, que era su gran ilusión, por seis peniques cuando el encargo era sencillo, un chelín en caso de mayor dificultad y chelín y medio si se trataba de una empresa de altos vuelos, estaba dispuesto a todo: llevar una carta, seguir a un sospechoso, robarle la bolsa e imagino que, previa tarifa convenida, hasta apuñalarle si era necesario.

Holmes hurgó en el cubo del carbón, donde por razones de simple desorden personal guardaba siempre unas

monedas, dio unos peniques a Wiggins, escribió una nota y le dijo algo al oído; el pillete se llevó la mano a la frente en un vago remedo de saludo militar, hizo como si se cuadrara y salió a escape, bajando los escalones de tres en tres, en medio de una tormenta de voces indignadas de Gritty y Mrs. Hudson.

—Hay que tomar precauciones —se limitó a decirme Holmes—. Discúlpeme, ahora no puedo ser más explícito.

Yo iba a asediarme a preguntas, pero él no estaba dispuesto a permitir que nuestro desayuno se enfriara, me conminó a sentarme con un gesto autoritario, y nos dedicamos, la verdad es que con un inesperado apetito, a los huevos con jamón, el pollo al curry, la bollería y el café (muy fuerte, como nos gustaba a los dos). Mrs. Hudson, como buena escocesa, sabía lo que era un breakfast digno de este nombre, y no nos decepcionaba nunca.

Fuera, el bullicio ya era considerable, Baker Street tenía un despertar ruidoso. Oímos la voz del policeman que hacía su ronda camino de Portman Square, donde le esperaba el relevo, pasó un traperero modulando su vociferación, y luego el sonoro carro de la vendedora de fruta. En la puerta de la calle Gritty barría y comunicaba a toda la vecindad sus experiencias de aquella noche.

—¿Se ha fijado usted en que las dos hermanas no se parecen en lo más mínimo? —me preguntó Holmes achicando los ojos y envolviéndose en la humareda de su pipa.

—Pues es cierto, pero a veces ocurre con los hermanos.

—Sí, a veces ocurre —repitió pensativamente.

—Cree que tratan de engañarnos, ¿no? —dije sin más circunloquios.

—No quisiera que se me formalizase usted, ya he visto que era sensible a los encantos de estas señoritas.

—¡Por Dios, qué cosas piensa!

—Y algo me dice que de las dos su preferida es Miss Angélica, aunque le preocupa la longitud de su nariz y que hable demasiado...

—¡Se lo ruego, va a conseguir que me abochorne! —Todo aquello no podía ser más embarazoso, sobre todo porque sus suposiciones eran exactas.

—En consecuencia no quiero ser muy duro. Pero le diré que sí. Tengo la seguridad de que estaban fingiendo. El fingimiento, amigo mío, es como el aceite que flota sobre el agua, siempre es lo que más se ve, porque para eso es, para verse y para engañar.

—Pero ¿para qué engañarnos? ¿Con qué objeto?

—Para contestar a esta pregunta habrá que ir a España. Aunque espero que Wiggins pueda traernos algún indicio suplementario.

—¿Cree usted que este viaje...?

—Hay que hacerlo, hay que hacerlo. Un viaje en busca de la verdad. Quizá todos lo sean.

—El calor y la falta de sueño le han puesto muy filosófico —bromeé.

—Sí, y este es un gran peligro. Nada de ideas generales (consulte la guía de ferrocarriles, por favor), nada de

imaginaciones, aunque el nombre de España se preste a imaginar; hechos, atengámonos a los hechos, ¿a qué hora sale nuestro tren de la Estación Victoria? Y ya que es usted mi cronista, no deje de registrar este hecho insólito: el día en que Sherlock Holmes y el doctor Watson desayunaron dos veces.